

“EL ARTE SIEMPRE

RE SERA SUBVERSIVO"



CARMEN RODRIGUEZ
FOTOS: CARMEN
GLORIA ESCUDERO

Ramón Griffero (40) no es hombre que viva de nostalgias. Hoy está demasiado ocupado como para seguir evocando tiempos de mayor adrenalina. Pero aún sonríe al recordar los 80, cuando volvió del exilio en pleno régimen militar y se convirtió en artífice del movimiento underground que desde el galpón El Trolley renovó la disidencia artística. Desde allí, bandas como Los Prisioneros y Electrodomésticos y el Teatro de Fin de Siglo, liderado por él, fueron la avanzada posmoderna de entonces. Luego llegó la democracia y todo quedó como en suspenso.

"Nos costó encontrar el punto desde donde situarnos para crear", reconoce Griffero. "Ya no era la reali-

dad social la que te lo imponía y tenías que encontrarlo desde ti mismo". Para lograrlo se puso a escribir cuentos; luego publicó un libro *-Soy de la Plaza Italia-* y, ya avanzados los 90, reencontró su pluma de dramaturgo. Su obra *Río abajo* fue una de las más exitosas del año, con una taquilla de 22.000 espectadores. El montaje acaparó, además, casi todos los premios de la Apes -Asociación de Periodistas de Espectáculos- en el rubro teatral de la temporada, por lo que -cosa extraña- se vio a Griffero salir en un estelar de televisión recibiendo una estatuilla tras otra.

Nacido y criado en Santiago, de niño pasó por doce colegios y hasta por la Escuela Militar. "Entré porque pensé que ahí me iban a obligar a estudiar y quería mejorar mi promedio para entrar a la universi-

dad", dice. Pero en realidad casi todo su tiempo de cadera lo pasó castigado. Igual se divirtió, a su manera: "Allí hice mis primeros montajes teatrales: creaba unos disfraces pegándoles discos long play a los penachos y hacía coreografías con música de los Rolling Stones".

Más tarde entró a Sociología en la Universidad de Chile y al poco tiempo comenzó a militar en la juventud del Mir. Al año y medio vino el pronunciamiento militar

y partió al exilio a Europa, donde estuvo una década completa en la que no paró de estudiar y obtener títulos: sociología en Essex (Inglaterra); cine en Bruselas; dramaturgia y dirección teatral en Lovaina.

Hoy su obra se estudia en varias universidades de Europa y Norteamérica. Entre sus piezas más conocidas a nivel mundial está *Extasis*, que en 1994 fue elegida para representar a Latinoamérica en el Festival Mundial de Dramaturgia Contemporánea en Veroli (Italia). Trata de un joven contemporáneo que vive obsesionado con la idea de ser santo a la manera de los grandes mártires del cristianismo.

Tras su exitoso estreno, *Extasis* fue exhibida por la televisión italiana (cadena RAI 3). Este año siguió cosechando buenas críticas en distintos países del primer mundo y en septiembre pasado tuvo una lectura dramatizada en el Círculo de Dramaturgos de Nueva York.

Sin embargo, hoy Griffero está mucho más pendiente de la reposición de *Río abajo*, que estará desde el 3 de enero en la sala Antonio Varas.

- Su obra tiene importantes reconocimientos en el extranjero, ¿por qué tanto revuelo por sus premios en la Apes?

- Para nosotros es importante, sobre todo, porque hoy lo más difícil es difundir las obras. No basta con ser bueno. La premiación Apes es vista por mucha gente y, más que eso, es algo a lo que la gente le cree.

- ¿Y la gente del teatro? ¿Le cree también?

- Ese no es el punto. Eso corresponde al juicio personal de cada uno. Lo importante es la funcionalidad del asunto. A un programa de televisión o de radio, un premio Apes no le significa más rating; a un Camiroaga o a un Vodanovic, no les va ni les viene. Para una obra de teatro puede significar estar un año más en cartelera.

- La llegada de una obra al público, ¿no está más determinada por su calidad que por su difusión?

- No basta con eso. Y para probarlo tengo el caso de *Extasis*. Todos los logros internacionales que tuvo, normalmente, habrían debido provocar una buena difusión de prensa. Sin embargo, por una confusión con respecto a la moral y a la Iglesia, hubo críticos que se negaron a comentarla; periodistas que me dijeron que sus artículos fueron rechazados por sus medios; canales que grabaron

Reconocido internacionalmente, el dramaturgo está obteniendo -por primera vez- difusión masiva en Chile, gracias a su premiada obra *Río abajo*.

imágenes, pero no se atrevieron a mostrar ninguna. Una obra que bajo todos los parámetros debió haber atraído a mucho público, en Chile no llevó a más de 6.000 personas en todo el año. Y eso es por la no difusión.

- Pero ahí hay otro problema. A lo mejor la sociedad chilena no está preparada para ver y entender algo que parecía una ironía sobre la devoción católica.

- Pero no era eso. Esa es una lectura provinciana de la obra. En Italia la obra se estrenó en una iglesia renacentista con la venia del abad. El la fue a ver antes para verificar si prestaba o no el lugar, y su comentario fue: "Esta es una nueva manera, maravillosa, de ver el cristianismo. Nuestra misión es mostrar el infierno y esta obra lo presenta". Nos cedió el templo y sólo nos pidió que le tapáramos la vista a la estatua de San Antonio "para que no se espante", dijo. El día del estreno llegaron a verla decenas de curitas y le regalaron a cada actor una cruz de oro bendecida. "¡Esto hay que darlo en la Capilla Sixtina!", decían. En cambio, aquí alguna gente se confundió un poco. En ese sentido, si los medios hubieran entendido y apoyado la obra, el público se habría interesado en conocerla.

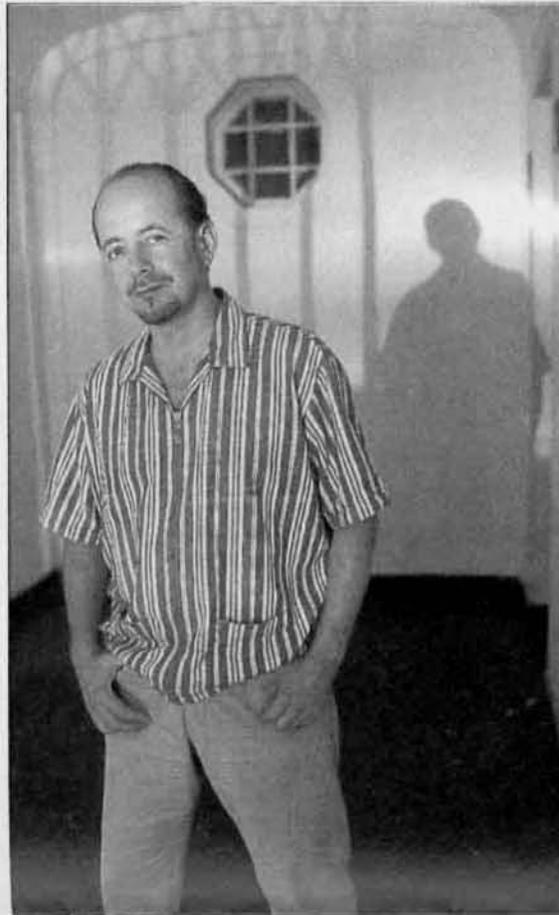
- Pero los medios también actúan en relación a lo que la gente acepta o no. Y esta sociedad es excesivamente "pulcra" o conservadora, "pacata" dicen algunos.

- No. Yo no diría que es pacata ni provinciana, porque eso suena como despectivo. Yo diría que se trata de una "determinada forma cultural". No puede ser pacata un país como Chile, que tiene la primera ley de divorcio en el mundo y en el que la gente se está divorciando desde 1920. Hablo de la nulidad, que es mejor que una ley de divorcio, porque es más rápida.

En este país se ha logrado un equilibrio que se basa en esconder una parte de sí mismo: en tener un lado público y otro privado. Por ejemplo, los medios nunca atacan la vida personal de los personajes públicos. Si saliera una niña diciendo "yo fui amante de Frei cuando él tenía 35", aquí los medios no lo publicarían jamás. En Estados Unidos, sí. Aquí hay un consenso social de que esas cosas no se dicen. Y como el rol del arte es decir lo que nadie dice, entonces aquí el arte tiene una misión más compleja que en países donde, por ejemplo, la esposa del príncipe confiesa que tuvo un amante.

- Como dramaturgo y director de teatro, ¿cómo se plantea frente a esto?

- Como artista, uno tiene que mostrar "otra mirada" sobre las cosas. En *Río abajo* se habla sobre diversos temas como detenidos desaparecidos, jóvenes sin futuro, ex agentes CNI que son torturadores, todos los cuales están relacionados con un inconsciente colectivo. Y la gente lo acepta porque sabe que no es ficción, porque sabe que se está conectando con la parte "pecado-



"No puede ser pacato un país como Chile, que tiene la primera ley de divorcio en el mundo y en el que la gente se está divorciando desde 1920. Hablo de la nulidad, que es mejor que una ley de divorcio, porque es más rápida".

ra" de este país y no con la obra de living de la parte "santa".

- En otros países su obra tiene un reconocimiento mayor, ¿por qué le atrae permanecer en Chile?

- Tengo un gran sentimiento de territorio. Lo que yo escribo, me gusta que lo escuche mi tribu, porque en realidad escribo para ella.

- ¿Por qué en Chile parece haber un desencuentro entre el público masivo y el teatro?

- En los últimos años ha dejado de ser así. En las dos temporadas recién pasadas hubo cerca de 10 obras con más de 20.000 espectadores. El fenómeno comenzó a vivirse en enero pasado en Santiago con cuatro festivales en los que hubo 45 obras a teatro lleno.

- ¿Por qué está ocurriendo esto?

- Creo que es por un resurgimiento de la dramaturgia nacional. La gente está muy interesada en verse. En otros países esa función la cumple el cine. Aquí queda en manos del teatro. Este es un resurgimiento de los últimos dos años, después del tiempo de transición, tras la dictadura, en el que la gente de teatro se quedó un poco sin saber qué hacer.

- Ya en democracia, ¿ha dejado de sentirse un "disidente"?

- El arte siempre será subversivo, porque implica "otra mirada" distinta al mirar general. Ahora se podría ser disidente a la política de consensos. Pero este "otro mirar" no tiene por qué criticar o enjuiciar, sino constatar ciertas cosas. Lo otro sería hacer un teatro panfletario o moralista.

- Usted ha dicho varias veces que la democracia le tiene temor al arte.

- Claro, la transición democrática en Chile sí se lo tiene. Y porque implica una mirada

subversiva que desestabiliza. Por eso es difícil financiar el arte. Nos dicen "vayan a buscar apoyo a la empresa privada". Pero un banco no va a apoyar una expresión artística diferente a su propia mirada. Tendría que ser un arte adecuado al "mirar" de la empresa o del Estado. Y ahí ya no estamos haciendo arte. Si apoyan a Dávila es para que haga la pintura que él quiere sobre Bolívar y no la que al Estado le parezca bien.

- Pero, ¿por qué el Estado tendría que ayudar a financiar el arte?

- ¿Por qué no, si ayuda a financiar todo? Si le dan subsidio a las universidades privadas y a hasta a las industrias. El arte es la expresión del imaginario de un país y por eso tiene derecho a apoyo, como la salud y la educación. Y el problema de las entidades estatales es que confunden el arte con la cultura. Hacer cultura es, por ejemplo, volver a remontar *La pérgola de las flores*. Arte es generar una mirada diferente sobre algo. El amor siempre existe, y si yo lo veo como Corín Tellado, no es arte porque el amor va se vio así. ¶